



## ‘El barrio como proyecto colectivo de convivencia’

El barrio continúa siendo un escenario relevante de la vida cotidiana de las personas, allí donde se hilvanan las relaciones vecinales con distintas intensidades a través de interacciones en contextos sociales cada vez más heterogéneos. La existencia de espacios y momentos de encuentro e intercambio facilitan estas relaciones, así como la conformación de *nodos vecinales* en torno a personas, actividades y proyectos. Ahí se concreta la participación social, como palanca para el aprendizaje y el desarrollo de potencialidades colectivas, conscientes de que “cuando el barrio se organiza las cosas cambian”, porque en los barrios populares siempre hay cosas por hacer, lo que deviene en su habitual espíritu reivindicativo y hasta combativo. El barrio se defiende, al mismo tiempo que se fortalece escuchando, incluyendo, adaptándose al ritmo y a los tiempos de sus protagonistas.

La fortaleza de las relaciones vecinales y la permanencia de una cultura de cuidados, habitualmente liderada por las mujeres, ha favorecido el desarrollo de un marco general de coexistencia robusta —o por lo menos tranquila— en la generalidad del país, siendo la convivencia plena un reto todavía por alcanzar en la mayor parte de contextos locales. Y es que, a convivir se aprende y ese proceso no está exento de que emerjan conflictos que hay que gestionar, por lo que es fundamental que los barrios intercambien sus experiencias de éxito con efecto demostrativo. Contar que es posible y necesario convivir, resaltando el valor de lo que se comparte ante el prejuicio y la incertidumbre que ofrece la mezcla, contribuye a afianzar una sociedad más capaz de integrar toda su diversa riqueza humana y

cultural, enfrentando así los discursos y prácticas excluyentes. Conviene entonces que vayamos desacostumbrándonos a las costumbres.

Un conocimiento más profundo de cada realidad local desde la vivencia personal y colectiva refuerza el marco de intercambios y relaciones barriales, porque compartir los espacios no siempre implica encontrarse. Espacios que, por lo tanto, hay que repensar y diseñar contando con todas las personas que los disfrutarán, haciéndolos incluyentes, seguros, facilitadores, intergeneracionales, y también, promotores de aprendizajes. Espacios visibles, conocidos y asequibles, donde se diluyan obstáculos que pueden suponer limitantes como el idioma, por lo que, se convierten asimismo en *espacios de oportunidades* para el conjunto social. Esto implica no estancarse y aventurarse a asumir el riesgo de innovar, tomando el tiempo necesario para que las novedades puedan cuajar: innovar y crear juntas construye comunidad.

Regresando a los *nodos vecinales*, cual estructuras facilitadoras del progreso hacia marco convivenciales, encontramos múltiples recursos e instrumentos ya ensayados, como puede ser el caso de la radio comunitaria, el teatro social, las rutas interpretadas y paseos barriales, las fiestas populares, la cocina comunitaria, los eventos multiculturales, los huertos urbanos, entre otros, que podrían incluir hasta las dinámicas reivindicativas. Más capaces de producir cambios cuanto más abiertos estén a la participación en sus distintas manifestaciones. Dimensionados además en función de las posibilidades y capacidades existentes en cada momento, modulando las expectativas para que siempre sean un motor que retroalimente procesos, no esfuerzos efímeros y aislados que puedan agotarse con el paso del tiempo: “no es lo que se hace, sino lo que se construye”. Con posibilidad de alimentar redes comunitarias que sumen la energía del conjunto social y las organizaciones locales, incluso de influir en la eliminación de prácticas vecinales y profesionales clientelares y asistenciales.

El barrio viable es el que encuentra la clave de la igualdad, invitando a que todas las personas se sientan partícipes y protagonistas, apreciadas, cómodas y seguras en la acción comunitaria, superando, por ejemplo, la recurrente ausencia masculina y la sobre-carga femenina. Remover las inercias es complejo, pero es el único camino para aglutinar todo el potencial existente en el privilegiado marco local. Esto sugiere activar procesos que aseguren transferencias entre lo estratégico y lo operativo en lo comunitario, consciente de que no sólo se trata de lograr un mayor e imprescindible equilibrio entre géneros, sino de ampliar el foco para incorporar a todas las diversidades presentes, siendo fundamental también sumar a la infancia y a la juventud —también a las personas mayores—, abriéndose a la actualización de maneras, fórmulas y formatos, sin forzar los procesos. Pueden ayudar ciertos sectores estratégicos, como el educativo o el deporte, por su más que contrastada proyección social.

Nuestros barrios presentan múltiples retos, complejos casi siempre, como puede ser el acceso a la vivienda, entre otros muchos, para cuyo enfrentamiento nos debemos preparar colectivamente, incluso anticipándonos a su manifestación o en todo caso acudiendo a su raíz, lo que implica adoptar miradas más estratégicas y preventivas, porque en muchas oportunidades están estrechamente interconectados. Esto requiere miradas transversales, fijadas en derechos, donde las relaciones vecinales abonan las soluciones colectivas y no el “sálvese el que pueda” alineado con lógicas capitalistas. La resolución de problemas como las diferentes violencias y vulnerabilidades, las drogodependencias, las soledades y el aislamiento de todos los grupos sociales, tiene mucho que ver con aplicar el pensamiento comunitario a la construcción de las respuestas. También se relaciona con el establecimiento de redes y espacios conjuntos de capacitación para la acción, donde se refuerza el poder de lo local y el valor de la diversidad.

Una de las claves de lo antedicho es reflexionar acerca del imprescindible diálogo respetuoso entre el barrio y sus administraciones públicas de referencia, siendo palpable la necesidad de asegurar la confianza y mejorar de manera permanente los canales de comunicación e interacción. Se puede recurrir a múltiples estrategias para ello, encontrándose, en la base de todo, la escucha, la aproximación al territorio, el conocimiento mutuo y la visibilidad de los resultados e impacto del compromiso común. Planteando así un trabajo estable que vaya más allá de los tiempos políticos, ideando, desarrollando y cuidando estructuras asequibles que favorezcan el trabajo conjunto, configurando un adecuado marco de relaciones donde cada actor respete su específico papel. La foto en el barrio debe ser la del proceso alentado y renovado, evitando rupturas que desalienten y desmovilicen. Este diálogo es pieza fundamental y referencia para el que se desea sostener de cara a afianzar positivos contextos de convivencia intercultural.

Estos y otros temas han resultado del Encuentro Vecinal Estatal celebrado en la sede de la Asociación Vecinal La Fraternidad en el barrio madrileño de Caño Roto durante los días 24 y 25 de enero de 2026, en el marco del proyecto de I+D+i ‘ParticipaBarrio’ (*Participación, relaciones vecinales y convivencia en barrios multiculturales*), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España, habiendo participado —directa e indirectamente— vecindades de las localidades de Cabanyal, Caño Roto, Carcaixent, Els Orriols, Las Fuentes, Lavapiés, Russafa, San Matías, Usera y Vallecas, junto a investigadores e investigadoras de la esfera de las ciencias sociales de las Universidades de Valencia, Zaragoza, Complutense y Autónoma de Madrid, Salamanca y La Laguna.

Caño Roto, Madrid, 25 de enero de 2026, 14.00 horas.